MARIA de ZAYAS

AVENTURARSE PERDIENDO.

ESTRAGOS QUE CAUSA el VICIO.

00
31
21

EDITORIAL APOLO

EL PREVENIDO ENGAÑADO DE MARÍA DE ZAYAS: UNA NOVELA FEMINISTA DEL SIGLO XVII

Consuelo JIMÉNEZ DE CISNEROS Y BAUDÍN

MARÍA DE ZAYAS Y SOTOMAYOR FUE LA más importante mujer escritora del siglo XVII. Ocupa un puesto privilegiado en la novela corta, aunque también cultivó otros géneros, al lado de Cervantes, Tirso, Castillo Solórzano, Montalbán y otros. Su estilo es tan sencillo y natural —ella confesaba que escribía de la misma manera que le enseñaron a hablar sus padres— que hasta hoy día podemos leerla sin esa sensación de vetustez que producen habitualmente las obras con tres siglos a sus espaldas. Y en cuanto a su fondo, nos conmueven todavía sus ideas liberales, su defensa de la condición de la mujer, y hasta su sentido moral.

La sociedad de su época la aceptó y aclamó: Lope de Vega y Montalbán la citan y ensalzan. La posteridad la juzgó bien como escritora, aunque los críticos puritanos tacharan de inmorales algunas de sus historias, que, recordemos, fueron todas publicadas en el siglo XVII, el de la Inquisición y Contrarreforma. Críticos más recientes han intentado hacer de ella una campeona del feminismo antes de que éste existiera.

De su biografía no se sabe gran cosa. Nació en Madrid en 1590 de familia media acomodada, hija de un capitán. Y en Madrid vivió, exceptuando cortas estancias en otras capitales peninsulares, como Zaragoza, donde aparecieron publicadas sus novelas; Valladolid, Granada, Toledo, ciudades que describe con precisión. Murió no se sabe si en el 1661, pues se han encontrado dos partidas de defunción con su mismo nombre, y aun hay quien dice que ninguna de las dos corresponde a nuestra autora.

Publicó dos conjuntos de novelas cortas tituladas *Novelas amorosas y ejemplares* (1637) y *Novelas y saraos* (1647). Añadamos una obra de teatro, *La traición en la amistad,* y muchos versos, incluidos los presentes en sus novelas. Los diez años que separan las colecciones de éstas debieron de ser intensos para la autora, pues el tono optimista y boccaciano de la primera serie cambia a otro mucho más agrio y pesimista en la segunda. Se supone que tendría algún disgusto sentimental o quizá una concatenación de experiencias que entenebrecieron su visión del mundo, y fundamentalmente del comportamiento de los hombres frente a las mujeres.

No se conoce mucho de su vida privada. Asistiría a reuniones literarias, seguramente similares a las que describe en los prólogos de sus novelas... Pero llevaría una vida solitaria, al menos en el sentido de que no llegó a casarse, siendo una mujer con un fuerte componente pasional en su personalidad, por lo que no se le puede suponer la soltería como una elección, especialmente en su época.

He seleccionado una de sus novelitas más admiradas, perteneciente a la primera serie: *El prevenido engañado.* Sobre ella haré un breve análisis de los aspectos que más nos puedan interesar, esto es, la visión del mundo femenino que presenta, sumamente rico, variado y complejo.

La línea argumental se configura en torno a un protagonista masculino: D. Fadrique, quien busca la mujer ideal para casarse. En esta búsqueda a partir de unos esquemas que se le van deteriorando al contacto con la realidad, D. Fadrique se relacionará con varias mujeres con las que vivirá diversas historias, algunas de ellas enlazadas las unas con las otras, y finalmente acabará víctima de su propia obsesión y aun de su propia trampa.

Esto dicho, podría parecerse a otras muchas historias del mismo tipo, que, con una pretensión jocosa o moralizante, presentan al burlador burlado. Sin ir más lejos, *El curioso impertinente,* de Cervantes. Pero hay algo que la hace muy diferente, y es desde luego el realismo nunca endulzado de los episodios y el análisis psicológico de las cuatro figuras de mujer predominantes.

Sobre lo primero, pondremos un ejemplo. En la literatura de la época era frecuente presentar historias sentimentales con aparentes desigualdades sociales, pero éstas quedaban siempre eliminadas al descubrirse que el criado era un caballero encubierto para poder acceder a la dama: véanse Boccaccio, Cervantes o Lope. En María de Zayas, el criado es un criado de verdad, encima negro, y para colmo no enamorado de la dama, sino acosado por ésta. Recordemos cómo los negros constituían la casta racial más baja en la consideración social de la época, menos aún que los indígenas americanos, a quienes, al menos en las leyes, se les consideraba súbditos de la Corona. Así, la madre de Lázaro de Tormes se amanceba con un negro, que es como decir que ya no puede caer más bajo.

Pasemos a lo segundo. Para ello, trazaremos un breve bosquejo de las cuatro mujeres princi-

pales que aparecen en la vida de D. Fadrique por orden cronológico.

SERAFINA es una mujer que une belleza y discreción, lo que en la lengua de hoy diríamos talento. D. Fadrique la pretende y regala, pero ella ama a otro más pobre, menos conveniente socialmente, y que acabará abandonándola tras dejarla embarazada. La aparente libertad de elección amorosa de la protagonista se ve cercenada por la falta de respuesta del varón elegido, que claramente la utiliza sin amarla ni llegar con ella al compromiso amoroso que la salvara de la deshonra y, en este caso, del convento, en el que ingresa Serafina tras dar a luz a una niña, Gracia, y abandonarla. D. Fadrique, testigo casual del parto y subsiguiente abandono, recoge en secreto a esta niña y la hace criar en un convento.

Serafina representa la mujer media típica del siglo. Ha de casarse por concierto de sus padres: a ellos la pide D. Fadrique, aun conociendo que su amada ama a otro. El matrimonio es un contrato económico: él espera obtenerla por ser más rico que el otro. Pero al no cumplirse un requisito previo: la virginidad de la novia, la boda nunca se efectuará. D. Fadrique cambia de propósito tras conocer la situación real de su pretendida.

De Granada, donde le sucediera esta historia, parte D. Fadrique a Sevilla para olvidar. Allí se encuentra a la segunda mujer, D.ª BEATRIZ, una viuda rica y hermosa. Como podemos observar, se trata de una novela galante, donde el único nudo posible es un conflicto amoroso. Dª Beatriz es pretendida por muchos, pero parece aceptar a D. Fadrique, aunque con un plazo de un año, escudándose en su viudez. Sin embargo, la realidad es que Dª Beatriz está enamorada apasionadamente de su criado negro. La escena entre ella y éste moribundo tiene una estética de contrastes casi valleinclanescos: la indumentaria de la dama, en la que destaca el brillo blanquecino de las perlas, la toalla «blanquísima», el servicio de plata que porta contrastan con el negro, «tan atezado», como contrastaría la bella y la bestia. El oculto D. Fadrique piensa inicialmente en un acto de caridad, hasta que los gestos y conversación le muestran otra cosa. El negro no tiene fuerzas para juegos amorosos —morirá esa misma noche— y aún se queja a su señora y enamorada: «¿No basta que tu viciosa condición me tiene como estoy, sino que quieres que cuando estoy ya en el fin de mi vida acuda a cumplir tus viciosos apetitos?». D.ª Beatriz, tras la muerte del negro y ser abandonada por D. Fadrique, decide casarse con otro de sus muchos pretendientes y así sale de nuestra historia.

La siguiente figura es la de dos primas, D.ª Ana y D.ª Violante, ambas símbolos de la mujer libre..., o que intenta serlo mientras pueda. Parecen, en efecto, exentas de tutela masculina, pero sólo lo parecen: D.ª Ana, huérfana, heredó la hacienda de sus padres a cambio de casarse con un primo «que está en Indias». D. Juan mientras tanto, un pariente de D. Fadrique, la pretende, pero sabe que no podrá tener acceso a ella mientras no llegue su marido, «porque ahora —confiesa él— ni su estado ni el mío dan lugar a más amorosas travesuras». Tanto ella como D.ª Violante son mujeres cultas, artistas, músicas y poetas. En la novela aparecen versos puestos en la pluma de estas mujeres. Hay que decir que D. Fadrique está desengañado de las mujeres cultivadas, porque considera que el talento y el vicio son inseparables. Después de la aventura de Beatriz, vuelve «con su antiguo tema de abominar de las mujeres discretas, que fiadas en su saber, procuran engañar a los hombres». Ya el primer tropiezo con Serafina le provocó las siguientes reflexiones: «él decía que no había de fiar de ellas, y más de las discretas, porque de muy sabias y entendidas daban en traviesas y viciosas, y que con sus astucias engañaban a los hombres; pues una mujer no había de saber más de hacer su labor y rezar, gobernar su casa y criar sus hijos, y lo demás eran bachillerías y sutilezas que no servían sino de perderse más presto». Aquí podemos apreciar una opinión que ha perdurado por desgracia en la mentalidad hispana casi hasta nuestros días, y que sin embargo es citada con una carga irónica in-

negable por una mujer del siglo XVII que va a tratar de demostrar la tesis contraria.

En fin, pese a sus prevenciones, D. Fadrique continuará enamorándose de mujeres discretas, esto es, con talento e ingenio. Con su primo D. Juan, D. Fadrique discurre sobre esos temas. D. Juan tiene una visión mucho más moderada y moderna que la de D. Fadrique.

«No sé qué hombre apetece una mujer necia —dice D. Juan— no sólo para aficionarse, mas para comunicarla un cuarto de hora, pues dicen los sabios que en el mundo son más celebrados que el entendimiento es manjar del alma; pues mientras los ojos se ceban en la blancura, en las bellas manos, en los lindos ojos y en la gallardía del cuerpo, y finalmente en todo aquello digno de ser amado en la dama, no es razón que el alma no sólo esté de balde, sino que se mantenga de cosas tan pesadas y enfadosas como las necedades; pues siendo el alma tan pura criatura, no la hemos de dar manjares groseros».

Vemos en estas palabras una reivindicación del placer de una relación que trasciende lo físico y se deleita también en lo intelectivo y moral. Un ideal de relación donde se armonice la belleza del cuerpo con la de la mente y la sensibilidad. Parece que estas dos mujeres, como hemos dicho, lo reúnen todo. D.ª Ana es nombrada como «sibila española» por su arte versificador, y esto nos recuerda que la autora fue llamada por Montalbán «décima musa» en glorificación de su obra poética; es seguro que la autora encuentra un cierto gusto en describir mujeres con las que puede identificar rasgos de su propia personalidad.

Como era de esperar, D. Fadrique caerá en brazos de D.ª Violante, en una relación que es quizá la más libre y fresca de la obra, y que viene precedida de un engaño, engaño utilizado en esta ocasión sólo con el valor de juego amoroso, en un sentido positivo y liberador. Pero Violante es muy consciente de lo precario de su situación: no puede aficionarse en exceso a alguien si no quiere perder su libertad. Así, D. Fadrique no se atreve a solicitarla en matrimonio porque sabe que ella «verdaderamente aborrecía el casarse, temerosa de perder la libertad que entonces gozaba». Por lo que Violante acabará buscándose otro amor, aunque al final de la novela se nos indica que terminó casándose. Y D. Fadrique, tras descubrirla con su nuevo amante, se reafirma en su mala opinión de las mujeres «sabias».

Desengañado, parte para Italia, donde vive diversas aventuras, y a su regreso se tropieza con una dama valenciana casada con un duque catalán, la cual lo invita a pasar un rato agradable con ella.

Él queda admirado de la astucia de esta mujer, así como del buen trato que hay en este matrimonio, que no excluye que ella se divierta por su cuenta si tiene ocasión, quizá para compensarse del hecho de tener un marido mucho mayor que ella. La duquesa es por supuesto una dama cultivada, con la que D. Fadrique reanuda su obsesivo tema de que la mujer perfecta para esposa ha de ser ignorante. «¿Y cómo —dijo la duquesa— sabría ser honrada la que no sabe en qué consiste el serlo? ¿No advertós que el necio peca y no sabe en qué, y siendo discreta sabrá guardarse de las ocasiones? Mala opinión es la vuestra, que a toda ley una mujer bien entendida es gusto para no olvidarse jamás...».

Pero D. Fadrique no queda convencido, y de regreso a su ciudad natal busca a GRACIA, la hija abandonada de Serafina, su primer amor, y constatando su ignorancia natural y su falta de experiencia del mundo, porque se ha criado en un convento, decide casarse con ella. Lo que desea es «una mujer tan inocente que no sepa amar ni aborrecer». A cambio, Gracia es hermosa y dócil. Ella va a pagar los resentimientos de D. Fadrique contra las mujeres: pues él, en vez de mostrarle lo que es la consumación del matrimonio, la engaña para autoconvencerse mejor de su ignorancia. Y este engaño y esta ignorancia serán los que motiven la infidelidad inocente de la esposa.

Con esto, la autora demuestra su tesis de que la ignorancia no salvaguarda la virtud mejor que el conocimiento. D. Fadrique acaba sus días alabando «las discretas que son virtuosas, porque no hay comparación ni estimación para ellas; y si no lo son, hacen sus cosas con recato y prudencia». Esta última reflexión viene a justificar, con cierto cinismo, los comportamientos anteriormente reprochados en las mujeres que pasaron por la vida de D. Fadrique.

La novela termina recogiendo los destinos de todos los personajes para que el lector siga la evolución de cada cual y pueda comprobar el fatalismo de ciertos destinos o el conformismo con los usos sociales dominantes: cada una se casa con quien le ha sido asignado de una u otra manera, pero no por libre elección.

La estructura de la obrita es perfecta: novela episódica, quizá no original en el sentido de que las historias pudieron ser tomadas de obras italianas, pero sí en la sabia amalgama de las mismas, y en la intención que las preside: romper una lanza en pro de la inteligencia y la libertad de actuación de la mujer.

El tono de la novela es bienhumorado, como corresponde al de la serie a la que pertenece. Encontramos elementos humorísticos que recuerdan a Boccaccio y la tradición medieval celestinesca. Por ejemplo, los engaños entre enamorados; descripciones muy complacidas de vestuario, de acciones seguidas con minuciosos deleites, como la observación y persecución de Serafina o de D.ª Beatriz por parte de D. Fadrique; rupturas con lo habitual: en una época en que las relaciones sentimentales aparecen fijadas en la literatura mediante patrones estables, homogéneos, Zayas presenta relaciones múltiples, libres, desiguales, como las que podían suceder en la vida y no en el amañado teatro de Lope o de Calderón; los maridos que aparecen son conformistas, no calderonianos: aceptan su «deshonra» con comprensión, como el protagonista, o hacen la vista gorda, como el duque.

La literatura cumple aquí perfectamente su papel de espejo social y a la vez modelo reflexivo: la aparente libertad de elección amorosa de la mujer está coartada siempre por la hipocresía, el encubrimiento, el engaño. ¿Cómo conocer de verdad a la pareja a la que se ha de tratar a escondidas y a oscuras? ¿Cómo decidir sobre lo ya decidido de antemano? Así, el adulterio aparece como la única forma posible de amar libremente, porque sólo la mujer casada goza de las condiciones necesarias para poder disponer su elección amorosa si el marido no elegido por ella no la satisface.

Este adulterio liberador, engañosamente liberador también, pues la mujer sigue estando impotente en manos del hombre, sea marido o amante, aparecerá profusamente en la novelística de dos siglos después: las heroínas de las obras realistas y naturalistas no sólo españolas, sino también francesas o rusas: las de un Galdós, un Clarín, un Flaubert, un Tolstoi. De esta insatisfacción en la relación causada por su imposición forzosa, se deriva la venganza entre sexos: la mujer avisada sabe que el hombre es traidor, que la puede utilizar impunemente, así que si ella se adelanta en el engaño, eso gana. En cuanto al hombre, en el caso de la novela que nos ocupa, D. Fadrique, es víctima también de la insinceridad de las mujeres a las que pretende, y decepcionado por ello, la paga con su inocente esposa, que a su vez le va a devolver inadvertidamente la pelota.

Las mujeres de esta obra no son unas viciosas, como señala cierto crítico (J. Hesse, Taurus, Madrid, 1965). Son mujeres prisioneras de sus circunstancias sociales y personales. La primera, la voluntad de sus padres en concertar su boda; el abandono de su amante que la obliga a tener su bebé en secreto y abandonarlo, con el remordimiento que esto después causará tanto a ella como al padre, quien demasiado tarde se arrepentirá de su irresponsabilidad. La segunda, una viuda que, para pasar por honesta, ha de vivir un largo luto obligatorio, en el cual encuentra como impensado consuelo a su criado negro. La tercera, la más libre, no lo es tanto como para ahondar en una relación que no sea superficial, justo por temor a involucrarse y perder su libertad con el matrimonio, lo que acabará sucediendo. Así, para ésta el matrimonio no es un estado de vida en la compañía y ayuda, sino una especie de cárcel, debido a las condiciones perjudiciales para la mujer en las que se ha movido esta institución casi hasta nuestros días. En cuanto a la última, con su ignorancia natural unida a la falta de cultivo intelectual, ejemplifica el problema de la educación de la mujer, un tema que la literatura del siglo XVIII abordará con decisión, por ejemplo en las obras teatrales de Moratín, un alegato en favor de la formación moral e intelectual de la mujer y de su libertad de elección matrimonial.

El aparente descaro de algunos episodios encierra un fondo de amargura pesimista: la imposibilidad de cuajar una relación sincera, libre; de conciliar honestidad y sabiduría en la mujer, pues las sabias, ya sólo por serlo, dejan de ser honestas al percibir lo que supone esa honestidad basada sólo en apariencias y en voluntades ajenas. Así, en la novela la mujer implacablemente ha de ser infiel, mientras D. Fadrique intenta siempre la fidelidad en su relación con cada dama; incluso su boda con Gracia, cuya belleza recordaba la de su madre, parece un rasgo de fidelidad hacia sus primeras memorias amorosas y cierra su ciclo de correrías sentimentales. Pero la fidelidad y el equilibrio de D. Fadrique se deben a su misma condición de varón, por tanto libre y decisor de su destino amoroso. A la mujer sólo le resta una aparente libertad en la iniciativa amorosa del momento, tomada como lance o episodio: así la duquesa, con su pequeña aventura sin trascendencia personal para ella, se comporta en ese sentido como un varón. La viuda, por su condición de tal, es relativamente dueña de su destino siempre que elija, claro está, la pareja socialmente adecuada.

Críticas recientes, de los años 70, hablan del «subido erotismo y la encendida defensa de la mujer» en nuestra autora (*Historia y Crítica de la Literatura...,* Ariel, p. 458), y de su predilección por lo alegórico, lo macabro y lo sobrenatural. En la presente novela, hay un rasgo macabro, que podría ser la citada escena de D.ª Beatriz con el moribundo negro. Por lo demás, la novela discurre por cauces realistas y cotodianos, ajenos a lo sobrenatural y simbólico. Hablar de «subido erotismo» me parece un poco exagerado, porque simplemente las novelas italianas de siglos anteriores superan con mucho las fantasías eróticas de María de Zayas, pero si la comparamos con lo que se escribe en la España de su época, sí tenemos que admirar su desenvoltura y lamentar la pusilaminidad en que se caería más tarde hasta desembocar en una Fernán Caballero a la que su pazguata tertulia corregía los más ingenuos renglones.

La consideración que esta novelita alcanzó en su tiempo mereció los honores de inspirar escenas de *L'Ecole de Femmes, de Molière,* y *La precaution inutile,* de Scarron. Entre los críticos que la tildan de inmoral, destacaremos a Pfand con la siguiente «perla» del puritanismo machista: «¿Se puede dar algo más ordinario y grosero, más inestético y repulsivo que una mujer que cuenta historias lascivas, sucias, de inspiración sádica y moralmente corrompidas?» (cit. por Díez Echarri-Roca Franquesa, *Historia General de la Literatura...,* Aguilar, p. 268).

Por fortuna, otros opinan con mayor mesura. Para terminar, ofrezco una cita de Díez Echarri (*op. cit., loc. cit.*) que sustento por entero y que recoge las ideas fundamentales que yo mis-

ma daría como conclusión de lo expuesto: «La Zayas, y éste es acaso su más relevante mérito, se constituye desde el primer momento en la auténtica campeona del feminismo, frente al concepto subestimativo de la mujer en la literatura de la época; bien entendido que su entusiasta defensa de las prerrogativas del sexo débil no le impide reconocer los defectos de éste, cuando realmente los hay, ni fustigar a sus congéneres, haciéndolas responsables incluso de la corrupción general. Lo que proclama la Zayas, y lo hace con singular gallardía, es la igualdad de deberes y derechos de los dos sexos, especialmente en el terreno amoroso y cultural. En la negación de los unos radica para ella la infelicidad de muchos matrimonios; en la negación de los otros, el complejo de inferioridad de la mujer. Para la Zayas sólo puede exigirse plena responsabilidad a la mujer cuando ésta pueda, a su vez, actuar libremente».■

BIBLIOGRAFÍA

DÍEZ ECHARRI-ROCA FRANQUESA, *Historia General de la Literatura Española e Hispanoamericana,* Aguilar, Madrid, 1979.

VAÍLLO, Carlos, «La novela picaresca y otras formas narrativas», en *Historia y Crítica de la Literatura Española,* t. 3, Ed. Crítica, Barcelona, 1983.

Edición utilizada de *El prevenido engañado:* María de Zayas, *Novelas,* Taurus, Madrid, 1965.